

“Cooperación” en medio del fuego.

Santiago Torrijos Pulido

*Abogado Penalista en la firma Mario Iguarán Abogados Asociados
Egresado de la Universidad de Los Andes y del Center for Transnational Legal Studies de la Universidad de Georgetown*

Hace pocas semanas, el presidente Putin afirmó públicamente que había participado de manera activa en negociaciones en temas de ciberseguridad, tanto con el gobierno de Obama, como con el de Trump. Por ende, no era este un tema nuevo en la agenda de su encuentro con Biden. En ambas citas previas, según el mandatario ruso, solamente se llegó a exponer algunos puntos comunes en cuanto a ciberseguridad, pero jamás se concluyó ni se firmó acuerdo alguno. De manera bilateral, lo único que se dijo es que se iba a “seguir trabajando” en esa dirección.

Posteriormente, el presidente Putin afirmó en una entrevista que ni él ni su gobierno tenían nada que ver con ataques en contra de la infraestructura alimentaria estadounidense, o lo que él denominó, jocosamente, tan solo como una “planta de procesamiento de carnes”. Digo jocosamente, por la risa burlesca en el rostro del otrora inmutable Putin. Aunque, a decir verdad, también fue notable la ironía en el tono que utilizó el presidente ruso, como si su cargo y las materias en las que se ha desempeñado fueran sustancialmente “superiores” como para “malgastar” sus esfuerzos en un ataque a una “ínfima” planta de alimentos.

Pues, ni se trata de un tema minúsculo, ni tampoco irrelevante. Todo lo contrario: resulta de la mayor connotación, teniendo en cuenta que, tanto a nivel jurídico como a nivel político, los escenarios de guerra están cambiando para dar lugar a enfrentamientos indirectos y subrepticios.

Estas nuevas realidades, brumosas por naturaleza, están diseñadas para que no se pueda identificar una agresión de un Estado hacia otro, lo que impediría llegar a un escenario donde esté justificada, en derecho internacional, una acción defensiva. Lo que sí se puede dar, y será cada día más común, es un escenario de guerra indirecta, a través de organizaciones civiles y de ciudadanos actuando (aparentemente) en solitario, en la cual no participen (a simple vista) entes estatales, aunque (en realidad) sean los Estados quienes muevan los hilos detrás de cámaras.

Cuando Putin afirma que ya ha tratado el tema con varias administraciones sucesivas, se mofa de la realidad política estadounidense y se jacta de poder seguir manteniendo el tema de la ciberseguridad en el tintero, bajo la excusa de estar “trabajando en ello”, pero sin asumir ningún compromiso concreto al respecto.

De modo similar, cuando señala, verbal y gestualmente, que su cargo es demasiado importante como para estar impulsando ataques contra una ínfima planta cárnica, en realidad oculta algo: la enorme relevancia de la ventaja de los ciberataques para producir, por debajo de la mesa, golpes claves en contra de la infraestructura rival.

Putin lo sabe: la gran ventaja es que jamás se logrará comprobar nada con certeza. En medio de esta realidad dual, el habilidoso primer mandatario ruso se escabulle y al mismo tiempo aprovecha la inacción de su contendor, el presidente Biden. Y es que ahora, días después de su encuentro, Biden no ha dado un solo paso en dirección a un compromiso férreo, serio y riguroso (con consecuencias claras) en temas de ciberseguridad.

Quienes no frenan, en cambio, son las organizaciones ilícitas, como la banda criminal rusa REvil, la cual ya ha realizado un segundo ataque, esta vez en contra de Kaseya, poseedora de una infraestructura muy grande que, al ser afectada, como un dominó, provocó (y continúa provocando) incendios en cientos de negocios norteamericanos (grandes y pequeños) a lo largo y ancho de la cadena de suministro. Esta agresión es tan solo una pequeña muestra de la manera en que un ciberataque puede debilitar varios sectores económicos a la vez, a gran escala. Definitivamente, los hackers actúan mucho más rápido que la burocracia estatal. Putin, por su parte, se mueve en dos aguas, y su potencial dañino no puede ser subestimado. Como un maestro ajedrecista, acierta golpes sin que nadie lo sepa, sino hasta que la sangre ya ha sido derramada.